

LA OBRA CULTURAL DE LOS ÚLTIMOS CONDES DE PERALADA

EL nombre del Castillo-Palacio de Peralada— actualmente el más prestigioso de cuantos existen en nuestra provincia — aflora en libros y artículos, y figura en exposiciones y catálogos. Y ello, tanto como a la historia del famoso lugar, se debe a las restauraciones efectuadas en las construcciones nobiliarias; al ambiente de que se ha sabido rodear un marco evocador y singular; y a las colecciones de arte que tan dignamente albergan sus salones convertidos en valiosísimo museo. Peralada une además, a estas excelencias, las de su Biblioteca famosa y la obra cultural que ha llevado a cabo desde que en el último cuarto del siglo pasado, los últimos condes se establecieron definitivamente en la villa condal. El regreso de los condes es el suceso más importante ocurrido en Peralada, en la segunda mitad del siglo decimonono. Ellos—D. Antonio y D. Tomás— iniciaron su obra con las restauraciones del Palacio y del antiguo convento del Carmen, y con la preparación de los terrenos que habían de ser los futuros parques y jardines.

La labor realizada en el Palacio-Castillo no se limitó solamente a la restauración, ya de por sí muy importante, de las piedras, sino que conjuntamente con esta labor, embellecieron sus salones con la adquisición de muebles, pinturas, cuadros y obras de arte.

A don Tomás se le atribuye por su condición de ingeniero, la dirección de las obras de

restauración de los edificios del castillo y del convento del Carmen, así como la construcción del gran parque, según nos ha dicho don Joaquín Folch y Torres en un interesante artículo publicado en el semanario «DESTINO». Mientras, que a don Antonio se debe la creación de la Biblioteca, no sólo en su aspecto arquitectónico, sino en la formación del caudal



Don Tomás Rocabertí, conde de Peralada

bibliográfico, y la creación y funcionamiento de las Escuelas, verdadero motivo relevante de su actuación.

Los dos hermanos se habían repartido la labor a desarrollar: don Antonio cuidaba de lo que funcionaba en el antiguo convento del Carmen; don Tomás llevaba personalmente las obras y restauraciones del Palacio. Tanto fué así que en sus prolongadas ausencias, la correspondencia frecuentísima entre los dos hermanos revela como a don Tomás le eran consultados por carta todos los pormenores.

LA BIBLIOTECA

Quien haya visitado la gran sala dedicada a Biblioteca del Palacio de Peralada, habrá contenido una exclamación de sorpresa entusiasta al ver aquellas hileras de libros que llenan completamente a lo largo, ancho y alto aquellos muros de dimensiones amplias. Esta Biblioteca es seguramente la más nutrida entre las particulares de España. El comienzo de la Biblioteca como tal, instalada con la dignidad que ahora tiene, tuvo lugar a la terminación de las obras del antiguo convento del Carmen, llevadas a cabo por iniciativa y a expensas de los últimos condes. Así quedó en condiciones de ser utilizado el viejo cenobio carmelitano. No hace falta decir que fué un buen destino, si lo comparamos con el que tuvieron muchos de sus gemelos a raíz de las desamortizaciones de Mendizábal, cuyos edificios fueron destinados para cuarteles, almacenes o servicios secundarios. Esto valora mucho el interés y la obra de recuperación que nos legaron los últimos Rocabertí, ya que pocos años después de que los frailes hubieran sido expulsados, el convento quedó en estado de abandono. La nave de la iglesia hacía las veces de pajar y el resto del convento quedó *habilitado para viviendas populares*. El edificio empezó a desmerecer y a sufrir los efectos de la incuria, que iba dando lugar a las ruinas y a los primeros hundimientos.

En 1876, Antonio Rocabertí, abogado, pleiteó con el Estado para hacer uso de la cláusula de reversión del edificio, cuya condición figuraba en la donación de 1293. Una vez hubo triunfado en el pleito y recuperados los bienes del Carmen, ya en estado ruinoso, el conde de Zavellá decidió su reconstrucción. Descubrió el artesonado bellissimo de la nave de la iglesia, y todo lo dejó en condiciones con mucha dignidad. La iglesia se llenó de mármoles y piedras labradas; altares de talla; ternos valiosos, etcétera, etc. Pero aquí no acabó su obra, y parte del convento fué destinado a la amplia Biblioteca del Palacio, a escuela y a teatro.

Con el mismo empuje que han restaurado el Palacio, acometen las reformas del convento del Carmen, realizando las que convienen a su plan de utilización y destinan todo el primer piso para la Biblioteca.

Los primeros fondos de que se nutrió la Biblioteca del Palacio de Peralada fueron los libros que los dos hermanos ya poseían en el edificio del Palacio, y los procedentes de las bibliotecas de don Antonio y don Tomás en París, así como los que tenían en su casa de Mallorca. No parece cierto que en la Biblioteca figuren libros procedentes del antiguo convento carmelitano, ya que en ningún libro consta la nota de propiedad, y en cambio sí sabemos que cuando a mediados de abril de 1814, los frailes pudieron volver a su convento, que había sido ocupado por los franceses, encontraron extraviados los libros, según consta en un manuscrito que se conserva en el archivo de la Biblioteca del Palacio de Peralada.

Según un artículo de Carlos Rahola, el conde de Zavellá llegó a reunir en la Biblioteca unos trece mil volúmenes, figurando además todos los periódicos y revistas catalanas de su tiempo. *En otros trabajos publicados la cifra se eleva bastante más*. Sea el que fuere el número de los libros que formaban la Biblioteca, lo cierto es que la lograron importantísi-



Don Antonio Rocabertí, conde de Zavellá

ma y que reunieron verdaderas preciosidades bibliográficas. Su desvelo por esta labor fué constante y aprovechaban todas las oportunidades para ir mejorando en calidad y cantidad el conjunto bibliográfico. Si don Tomás se encontraba en París o si pasaba el invierno en Madrid, no dejaba de dar a su hermano referencias de libros, catálogos y librerías, que don Antonio seguía con interés desde su Palacio de Peralada, rodeado de su obra, los niños de la escuela y sus ilusiones. Una de las estancias en París fué motivo para completar la obra «L'ART POUR TOUS»; para suscribirse a «FIGARO», etc...; en Madrid compra libros de la Vda. Aguilar, y trata de la suscripción de «LA NATURE» de París. No cesan las adquisiciones para Peralada de mucha mayor importancia que las aquí consignadas. Así por ejemplo, en

la capital de España se preocupan por la compra del Nicolás Antonio «en rama», pero la Biblioteca Nacional en donde poseen ejemplares no vende libros y les propone un cambio. Y don Tomás consigue enviar a la Biblioteca el libro que les interesa.

Estaban suscritos a las principales publicaciones científicas de su tiempo, tanto nacionales como extranjeras y en el sentido más amplio del campo humanístico. Estas revistas venidas de todas partes de Europa eran la comunicación que mantenían los señores de Peralada con el mundo científico, literario y artístico de sus días. También figuraban en sus estanterías todos los periódicos, revistas y libros catalanes de su tiempo. Si actualmente hay lunares y vacíos en la Biblioteca en lo que se refiere a estas publicaciones, es debido a que al desmoronarse la obra de los últimos condes, y cuando un destino incierto y pesimista se cernía sobre su obra, fueron vendidos carros enteros de papeles y publicaciones salidos de la Biblioteca de los últimos Rocabertí.

LA ESCUELA DEL PALACIO

Aunque don Antonio y don Tomás fueran dos solitarios en la grandiosidad de los edificios del Palacio de Peralada y anexos, solteros y sin familia próxima en el pueblo después del fallecimiento de su tío—el que fué padrino del pretendiente carlista—, no puede decirse que se sintieran solos y aburridos. Supieron suplir la actividad y diversión de su vida parisiense entregándose con todas sus fuerzas e ilusión a la ya citada restauración del Palacio, de la iglesia y del convento del Carmen; y con la coronación de toda su obra no puede decirse que Peralada fuera una jaula sin pájaros, porque la llenaron de niños que le dieron contenido, alegría y color. Esta es quizás la obra más simpática y emotiva de cuantas realizaron en Peralada los últimos Rocabertí. Una obra que honra su memoria y a través de la cual se han conservado su recuerdo y sus enseñanzas;

ha sido énsalzado su nombre, llorada su muerte y recordada con emoción y cariño su paternal bondad y benevolencia. Ellos se preocuparon de los niños de Peralada, y esta preocupación la llevó don Antonio hasta su dedicación personal a la labor que realizaban. Para ello comenzaron por organizar unas escuelas en la planta baja del antiguo convento carmelitano, y de esta primera y gran piedra salió toda una obra de educación de un pueblo con sus actividades complementarias para la educación, la instrucción, el sentido artístico y la capacitación profesional. Convirtieron un pueblo de payés en una villa de músicos y artesanos, que es hacer por Peralada lo máximo que ellos podían.

La escuela funcionaba en el antiguo convento carmelitano, y fué tal su importancia que llegaron a rayar en el centenar el número de alumnos que asistían a la misma. Eran admitidos desde los cinco años de edad y eran bien pocos los alumnos que asistían a la escuela pública de Peralada, porque el conde de Zavellá cuidó especialmente del funcionamiento de sus escuelas. Los maestros eran debidamente seleccionados y el mismo conde enorgulleciase de figurar entre ellos. Los últimos maestros de la escuela fueron don Jaime Cervera Marqués, de Rosas, profesor de música y dibujo; y los capellanes de la Casa, don Francisco Calvet Golobardes y don Alejo Duval Pallarés. El horario escolar era por la mañana de ocho a diez, clase con el Sr. Cervera; y de diez a doce con el señor capellán. Por la tarde, las clases eran de dos a tres y de tres a cuatro por el mismo orden de profesores de la mañana. El señor conde — al que trataban siempre de vucencia con pronunciación popular catalana — cuidaba personalmente del desarrollo de las clases, daba clase, gustaba de vigilar su funcionamiento, preguntaba a los niños y enseñaba las lecciones que él consideraba convenientes, de todas las asignaturas, sin olvidar la música por la que sentía una verdadera afición.

En las clases se enseñaba desde las primeras letras y sucesivas asignaturas hasta los oficios manuales y dibujo, especialmente las artes gráficas y la música. El conde estaba atento a la vocación y condiciones de cada alumno para orientarle por el camino que fuera más conveniente.

Los niños peraladenses que manifestaban vocación sacerdotal, eran inclinados hacia la carrera eclesiástica, y como fuera que en el Seminario diocesano no estaba establecido el internado, el conde tenía alquilado un piso en Gerona y allí al cuidado de una mujer de su mismo pueblo, vivían los seminaristas salidos de la escuela del Palacio. De entre los que de esta forma llegaron al sacerdocio, destacaron mossén Carlos Costa, párroco de La Escala durante muchos años; mossén Alejo Duval, capellán de la Casa, y mossén Francisco Calvet, que hasta su muerte fué organista de la Parroquia de Peralada.

Los niños pobres que asistían a las clases de la Escuela de «Palaci» eran atendidos y funcionaba un servicio de cocina en donde se les preparaba una refección por la mañana y otra por la tarde. Además a todos los alumnos se les facilitaba gratuitamente todo el material escolar.

Los condes fueron espléndidos en todo y la gran dignidad, y hasta riqueza, con que organizaban sus cosas fué asimismo la nota de la dotación de cuanto precisaban para estas labores escolares; incluso puede decirse que fué con lujo como se instalaron las dependencias y accesorios de las escuelas. Nos da prueba de ello don Tomás, cuando desde París escribe a su hermano, que siempre le encarga adquisiciones para su centro docente, lo siguiente. «Visité una exposición para escuelas primarias y el material lo tienes mejor en Peralada». Y nunca nos dieron pie a creer que fueran engreídos u orgullosos. Se trataban con mucha llaneza y sinceridad, y sus maneras no eran ni afectadas, ni pedantes. La modestia

de don Antonio nos la demuestra la publicación en «LA CORRESPONDENCIA MILITAR» de Madrid, de un artículo laudatorio para sus escuelas, con las iniciales V. G. El hermano cuando se lo remite desde la capital ya le dice que identifica las iniciales, de quien estuvo encantado del recibimiento que en Peralada se tributó a los oficiales que lo visitaron y que «se conoce que es artículo de estómago agradecido». Así, él mismo, conocedor del temperamento de su hermano, le justifica la publicación encomiástica. Pero, a pesar de ello, el artículo no fué del agrado del conde de Zavellá y encargó al hermano que así lo tradujera al autor del suelto.

La cariñosa correspondencia entre los dos hermanos está llena de detalles que revelan la preocupación por la escuela. Cajas de minerales, aparatos de proyección para escuelas, cromos, catálogos, juguetes, calcomanías, teatro guignol, tratados de sombras chinescas, piezas de música, diapasones, métodos Han, cajas de compases, cuadros murales de Historia Natural, preocupación por herbarios y colección de insectos, modelos para dibujo y para pintura a la acuarela, etc..., todo ésto y mucho más fué adquiriendo don Tomás, en París, en Madrid, en Barcelona. Y su hermano, ilusionado y complacido, iba recibiendo las cajas que facilitaban y perfeccionaban su labor pedagógica. Es fácil imaginarse los triunfales recibimientos que se tributarían a don Tomás, con el hermano y los maestros a la cabeza, en medio del entusiasmo infantil, que semejaría la llegada de los Reyes Magos, que los niños esperarían con impaciencia y frenesí.

Los juegos escolares tenían lugar en la plaza de la explanada del convento del Carmen. Tenían siempre muchos juguetes, desde los columpios en rueda como un tiovivo, hasta las bolas de cristal con vistas de colores,

pasando por los bolos y demás cachivaches infantiles.

Con el fin de que los niños no recibieran malos ejemplos en las tabernas y centros de diversión, en los días de fiesta los guardaban toda la tarde dedicados a sus juegos y con asistencia obligatoria, ¡qué gran vocación la suya! para que jugaran y se entretuvieran entre las paredes y jardines de la mansión señorial. Como premio, a la salida sorteaban una pieza de tela para hacerse una prenda de vestir.

Los alumnos eran tratados con verdadero cariño, pero la disciplina y el orden eran rigurosos, y así se iban formando sus hábitos y sus maneras.

Para atender la formación profesional de los alumnos se les practicaba en la iniciación de algunos oficios, pero en especial funcionaba



Campanario y claustro del Convento

una imprenta y servicio de encuadernación. Existe documentación en el archivo de la Biblioteca del Palacio de Peralada, que se refiere a la existencia de la imprenta, en la cual incluso imprimían papeles de música para la sección correspondiente de la escuela. Aún se conservan ejemplares de «Goigs» impresos en la imprenta de la escuela del Palacio, y su actividad era uno de los centros de interés de aquella institución pedagógica.

Es una lástima que por falta de espacio no podamos extendernos en la organización de la enseñanza de la música en la escuela condal, pero sí debe hacerse constar que los alumnos de la escuela que aún viven en Peralada con-

servan un alto sentido musical y que como fruto de aquellas lecciones, las sardanas son más sentidas en Peralada que en otros lugares de la comarca ampurdanesa.

Anotemos, también, la existencia de un teatro y el que los alumnos recibían también instrucción premilitar. Cada niño tenía su fusil de madera — imitación exacta del máuser de verdad — con la bayoneta rematada por una bola en evitación de accidentes. Lucían cinturón, cartucheras y pantalones al estilo militar de la época. Con sus pintorescos uniformes, el batallón infantil de la escuela peraladense, rindió homenaje a Mn. Cinto Verdaguer en la visita que hizo al castillo el insigne vate catalán.

Ramón Guardiola Rovira



El viejo castillo de los Rocaberti